

**Mickey Spillane**



intriga

**RED  
SINIESTRA**

El detective Mike Hammer recoge en la carretera, de noche, a una muchacha que huye de un peligro mortal; al poco son interceptados por los acosadores y, tras torturar y matar a la muchacha, los arrojan por un precipicio. Hammer logra salir indemne, y se dedicará a investigar este caso misterioso que irá arrojando un ingente saldo de cadáveres...

«Red siniestra» es otra versión de la obra de Mickey Spillane «Kiss Me, Deadly» también publicada como «Bésame, moribunda».

## CAPÍTULO PRIMERO

Todo lo que vi fue una mujer en el centro del haz luminoso proyectado por los focos de mi coche, que agitaba los brazos como una enorme muñeca. La maldición que lancé ensordeció mis propios oídos. Giré bruscamente el volante, y mientras sentía el patinazo de las ruedas traseras, lo enderecé y toda la masa potente pareció querer salirse de la carretera, dándose un garbeo por el paisaje. Frené violentamente, las ruedas mordieron la cuneta, y luego la abandonaron dejando en ella una profunda marca.

De un modo u otro había conseguido evitarla, dando una vuelta en torno a la mujer. Durante unos pocos segundos la chica vivió de milagro, porque en vez de apartarse se había quedado en medio de la luz cegadora de los faros. Me detuve, estremecido. La colilla se había desprendido de mis labios, haciendo un agujero en una de las perneras de mi pantalón. La cogí y la tiré por la ventanilla. El olor a caucho quemado flotaba en el aire, y me concentré unos instantes buscando un repertorio de palabras ofensivas que dedicar a la insensata en cuanto la tuviera a mi alcance.

Pero ella se adelantó a mis deseos, y antes de que me diera cuenta de su propósito, se había subido al coche, cerrado de golpe la portezuela e instalado en el asiento, a mi lado. Me dijo:

—Gracias, señor.

*«Ten calma, muchacho, ten calma. Es una chica. No la apabulles. Todavía no. Espera, no te arrebatas, serénate primero y luego tal vez pue-*

*das propinarle gentilmente unos cuantos azotes en el trasero que le aviven el seso. Entonces la pondrás de patitas en la carretera para que se vaya al cuerno...».*

Saqué la cajetilla para encender un cigarrillo, pero otra vez me tomó la delantera y cogió uno para ella. Advertí entonces que sus manos temblaban aún más que las mías. Le di fuego, cogí un cigarrillo para mí y lo encendí.

—Me asombra su estupidez —le dije.

—A mí, no —masculló—. Es mi estado natural.

Detrás de mí, las luces de otro coche iluminaron la carretera, al iniciar un viraje. Sus ojos reflejaron un momentáneo terror. Parpadeó y dijo:

—¿Va a quedarse aquí parado toda la noche?

—Es que aún no sé qué he de hacer. Me dan ganas de tirarla por ese barranco.

Los faros iluminaron el coche a través de la ventanilla trasera, inundaron de luz la carretera y pasaron finalmente de largo. En esos segundos pude ver claramente a mi desconocida: se mantenía rígida, el rostro inexpresivo, helado. Cuando los puntos rojos de las luces piloto se perdían en la lejanía, respiró libremente y se retrepó en su asiento.

En cierto modo era bien parecida, aunque su rostro fuese más interesante que bonito. Ojos muy separados, una boca grande y un pelo leonado que se extendía sobre los hombros al igual que mantequilla derretida. Iba abrigada en una trinchera de buen corte, con un cinturón que le ceñía el talle. Le recordé en el centro de la carretera, como surgida del seno de una pesadilla: una vikinga, una vikinga mochales, con una cabeza como una espumadera.

Puse nuevamente en marcha el motor, aferré mis manos al volante y me lancé carretera adelante, a la vez que ponía orden en mis pensamientos. Un accidente no es una peripécia anormal. Casi lo espera uno cuando va a cien kilómetros por hora por una carretera de montaña. Pero lo que no

se espera ni remotamente es que una dama vikinga surja de las sombras y se plante delante del coche en una curva. Abrí del todo la ventanilla y aspiré bocanadas de aire fresco.

—¿Qué hacías ahí, en medio de la carretera y a esta hora?

—Trate de imaginárselo.

—Me imagino que algún fresco te dejó ahí plantada. — Le lancé una mirada rápida y vi que se humedecía los labios con la lengua—. Procura escoger con más cuidado a tu acompañante.

—Lo tendré en cuenta, la próxima vez.

—Si insistes en practicar ese deporte, no habrá próxima vez. Faltó un pelo para que te mandase rodando por ese barranco.

—Le agradezco el consejo —dijo sarcásticamente—. De ahora en adelante tendré más cuidado.

—Me importa un pimiento lo que hagas, siempre que no vuelvas a tratar de que mi radiador te exprima el poco seso que tienes.

Apartó el cigarrillo de sus labios y lanzó una bocanada de humo contra el parabrisas.

—Mire usted, le agradezco el paseo, y lamento el susto morrocotudo que le he dado. Pero, si no le importa, cierre la boca y lléveme a algún sitio. O bien déjeme en la carretera.

Mis labios se contrajeron en una sonrisa. Era portentosa la desfachatez de la dama, que debió de acabar con la paciencia de su acompañante, aunque fuese el mismo Job.

—Está bien, joven —dije—, pongo punto en boca. Tal vez yo hubiese hecho lo mismo... Pero menos. ¿A dónde quieres ir?

—¿A dónde va usted?

—A Nueva York.

—Está bien. Iré a Nueva York.

—Es un pueblo grandote, muchacha. Dime el sitio exacto y te llevaré a él.

Sus ojos tomaron una expresión glacial. Las líneas de su rostro volvieron a endurecerse.

—Cualquier estación del «Metro». La primera que le salga al paso.

Su tono tajante borró la sonrisa de mis labios. Tomé una nueva curva sin precipitarme, y en la larga recta que le siguió lancé el coche a gran velocidad, pisando a gusto el acelerador.

—¡Vaya con la niña aventurera! ¿Crees que todos los hombres son lo mismo?

—¿Yo...?

—¡Cierra el pico!

Podía darme cuenta, sin mirarla, de que me estaba observando. Sabía cuándo bajaba los ojos y los fijaba en su regazo y cuándo los dirigía de nuevo a mi persona. Fue a decir algo, pero lo pensó mejor y cerró la boca, tragándose las palabras. Se volvió para mirar por la ventanilla la negrura de la noche y se llevó una mano a los ojos. Si eran lágrimas, mejor que mejor. Eso le enseñaría a ser más educada en otra ocasión.

Otro coche vino detrás de nosotros. Ella lo vio primero y se acurrucó en el asiento hasta que nos adelantó. La carretera descendía suavemente y pronto las luces rojas piloto del coche se esfumaron y éste desapareció entre las luces neón del pueblo que se hallaba a lo lejos.

Los neumáticos rechinaron en una curva y la inercia la empujó hacia mí hasta que sus hombros tocaron con los míos. Se echó atrás, rehuyendo el contacto, y se apoyó contra el respaldo del asiento hasta que el coche se enderezó y pudo entonces volver a sentarse bien. La miré, pero ella tenía fijos los ojos en las densas sombras, fuera de la ventanilla, y su expresión seguía siendo glacial.

Aminoré la marcha, pues me aproximaba al pueblo, y de los setenta pasé a los cincuenta, manteniéndome en es-

ta velocidad. El letrero junto a la carretera rezaba: *Hanafield, población, 3.600. Velocidad límite, 35*. Medio kilómetro más adelante, en medio de la carretera, parpadeaba una luz roja, y acto seguido hice funcionar los frenos. Era un coche patrulla de la policía, y dos agentes uniformados, a uno y otro lado del mismo, inspeccionaban los coches conforme iban llegando. El que nos había sobrepasado unos minutos antes, terminados los trámites, reanudaba ya su marcha y el agente dirigió entonces a mí el haz luminoso de su linterna.

Me quedé turbado. Como el humo que se desprende de un trozo de hielo seco. No puedes olerlo, pero sí verlo y observar cómo bulle y rezuma, y sabes que pronto todo estallarà bajo la horrible contracción. Miré a la dama; estaba inmóvil, rígida, con los labios muy apretados y la garganta contraída.

Me asomé a la ventanilla antes de llegar a la altura del agente y recibí en el rostro la luz de su linterna cuando la bajaba.

—¿Ocurre algo grave, agente?

Tenía la gorra echada hacia atrás y le colgaba un cigarrillo del labio inferior. Llevaba el revólver a la usanza clásica del *cowboy* y para producir más efecto apoyaba la mano en la culata.

—¿Puedo saber de dónde vienes, amigo?

Un guindilla auténtico, el tipo. Me pregunté cuánto habría pagado por su nombramiento.

—Vengo de Albany, agente. ¿Qué ocurre?

—¿Viste a alguien por la carretera..., a alguien que practicara el autostop?

Le dije al polilla:

—No hemos visto a nadie, agente. Mi mujer y yo hemos estado atentos todo el camino y de estar esa persona en la carretera la habríamos visto. Tal vez haya pasado ya.

—Nadie ha pasado por aquí con esa pinta, amigo.

—¿A quién andan ustedes buscando?

—A una mujer. Se escapó de un sanatorio, en la parte alta del Estado, y fue recogida por un camión. Cuando la radio comenzó a difundir la descripción de la fugitiva, la mujer se apeó del vehículo y desapareció.

—Oiga, el caso es bastante serio. No envidio al tipo que la haya recogido ahora. ¿Es peligrosa?

—Todas las majaretas son peligrosas.

—¿Qué aspecto tiene?

—Alta, rubia. Es todo cuanto sabemos de ella. Nadie parece recordar el vestido que llevaba la chica.

—Bueno. ¿Puedo ya irme?

—Sí, puedes largarte.

Volvió al coche patrulla y yo puse en marcha el mío. Retiré la mano lentamente y mantuve mi mirada en la carretera. El pueblo se quedó atrás en unos instantes y ya en el otro lado del mismo pisé fuertemente el acelerador.

Su mano se prendió de mi brazo; y, abandonando su rincón, la mujer se sentó a mi lado.

—Vuelve a tu sitio, hermana.

—No me deje en una estación del «Metro», si no quiere.

—Sí quiero.

Mediante un leve empujón su pie desalojó al mío del pedal acelerador y el coche perdió velocidad.

—Mire —dijo.

Y me volví hacia ella. Se había desabrochado la trinchera y me sonreía. La prenda, muy abierta, sólo mostraba su desnudez. Una vikinga de piel satinada. Una invitación para explorar las curvas y los valles escondidos en las sombras que se movían al ritmo de su respiración.

Era su modo de corresponder a mi favor. Y su sonrisa era forzada, profesional, de las que parecen ardorosas como el fuego y no son nada en realidad. Alargué una mano y le cerré la trinchera.

—Vas a coger un resfriado, chiquilla —dije.

La sonrisa se convirtió en una mueca sardónica.

—¿Es que tiene miedo porque cree que no estoy en mis cabales?

—Eso me tiene sin cuidado. Y ahora, ¡punto en boca!

—No. ¿Por qué nos les dijo la verdad?

—Una vez, cuando era un chiquillo, vi a un lacero a punto de echar el lazo a un perrillo. Le pegué un puntapié en la espinilla, cogí el chucho en mis brazos y eché a correr. El maldito cachorro me mordió y se escapó, pero no obstante me alegré de haberlo rescatado.

—Lo comprendo. Pero ¿creyó usted lo que le dijo el policía?

—¿Por qué no? Una persona que salta frente a un coche en marcha no tiene mucho seso. Y, ahora, cálese de una vez.

Frunció los labios y su mueca se hizo más burlona. La miré con una sonrisa que no le cedía en sarcasmo y sacudí la cabeza.

—Son cosas que sólo me pasan a mí —dije.

—¿Qué quiere decir?

—Nada.

Desvié el coche de la carretera y lo detuve junto a uno de los surtidores de la estación de gasolina que la bordeaba. Del edificio salió un individuo soñoliento, frotándose los ojos. Le dije que llenara el depósito. Hube de apearme para desenroscar el tapón, y mientras lo hacía oí un fuerte portazo. La rubia se había apeado y entraba en el edificio. No volvió hasta que hube entregado al empleado el importe de la gasolina.

Cuando subió al coche advertí en su rostro una expresión que no había tenido antes. Sus rasgos se habían suavizado y aquella mascarilla de hielo que parecía cubrirlos se había evaporado. Cuando cruzamos la franja de grava y enfilamos la carretera, nos pasó otro coche; pero, esta vez, no prestó la menor importancia al hecho. Llevaba la trinchera completamente cerrada y abrochada con el cinturón, y la

sonrisa que asomaba ahora a sus labios era sincera y espontánea. Se arrellanó en su asiento y cerró los ojos.

Yo estaba desconcertado. Sólo sabía una cosa, y era que cuando llegáramos a la ciudad me detendría en la primera estación del «Metro» que me saliese al paso, le abriría la portezuela y me despediría de ella, y que horas después buscaría en los periódicos unas líneas que me anunciaran que alguien la había descubierto y devuelto al lugar de donde se había escapado. Era eso lo que pensaba. Y ojalá fuera sincero. Pero el presentimiento de una grave peripecia no me abandonaba, insistente, insidioso...

Durante cinco minutos, permaneció callada, mirando la cuneta de la carretera, hasta que rompió el silencio para pedirme un cigarrillo. Se lo entregué y le tendí el encendedor del tablero. Cuando hubo prendido el pitillo, le dio una prolongada chupada y lanzó por la ventanilla una bocanada de humo azulado.

—¿No siente curiosidad por saber qué me ha pasado?  
—me preguntó.

—No. No particularmente.

—Estaba... —titubeó un segundo— en un sanatorio. — Le dio al cigarrillo una segunda y más prolongada chupada que lo redujo a colilla—. Me obligaron a ir allí. Se me llevaron la ropa para que no pudiese marcharme.

Asentí como si comprendiera.

Meneó la cabeza lentamente, dándome a entender que advertía mi actitud escéptica.

—Tal vez encuentre a alguien que me comprenda. Creí que esa persona... podía ser usted.

Fui a decir algo. Pero no llegó a mis labios. La luna, que se había escondido detrás de las nubes, salió el tiempo suficiente para bañar la tierra con un brillante reguero de pálida luz amarilla, que arrojaba a través de la carretera sombras sorprendentemente largas. Entre estos oscuros dedos había uno que parecía aún más denso y que oscilaba con una serie de sacudidas, hasta que tomó la forma de un co-

che cerrado negro que surgió con estruendo ante nosotros. Oí por segunda vez el chirrido de los neumáticos sobre el pavimento, y con él otro ruido estrepitoso que no era el de los neumáticos sino el producido por el entrecocar de metales y de cristales que al quebrarse agregaban al fragor incongruentes notas musicales.

Abrí de un puntapié la portezuela y puse pie a tierra para enfrentarme con los hombres que en el mismo instante saltaron del otro coche. Estaba metido en un berenjenal y lo peor del caso es que no le veía salida alguna. El revólver que empuñaba uno de los hombres lanzó una lengüetada de fuego en la oscuridad y el zumbido de la bala se confundió con el que percibí detrás de mí. No pudo hacer un segundo disparo porque mi puño le rompió la cara. Me precipité contra el siguiente, pero algo silbó detrás de mi cabeza y me martilleó entre los hombros. Me volví rápido para darle su merecido a quienquiera que fuese, pero no llegué a tiempo por una fracción de segundo. Hubo otro silbido de algo que rasgaba el aire y lo que lo produjo, fuera lo que fuere, me dio en la frente, y durante un segundo, antes de que perdiera la noción del tiempo y de la distancia, tuve la sensación de que iba a enfermar de náuseas. Un odio intenso hacia aquellos hijos de mala madre rezumó como un sudor de todos los poros de mi cuerpo.

No quedé allí tendido mucho tiempo. El dolor que atezaba mi cabeza era demasiado agudo, demasiado profundo. Era un dolor lacerante, atroz, que restallaba en mis oídos y prendía fulgores alucinantes en mis ojos, pese a que los tenía cerrados.

Detrás de todo esto, oí gritos sofocados, sollozos ahogados en la garganta, y la cadencia de voces airadas, ásperas, que mascullaban palabras que, al principio, no podían distinguirse. El motor de un coche sumó un ruido más a esta horrible cacofonía y sentí un nuevo chasquido de metal contra metal. Traté de incorporarme, pero sólo podía moverme mentalmente. El resto de mi persona era algo flácci-

do y muerto. Cuando recuperé la noción del movimiento, no fue por voluntad propia sino porque unos brazos me sostenían por la cintura y mis pies y mis manos restregaban el frío cemento. En alguna parte, durante estos segundos, el griterío había cesado, las voces se habían apagado y había comenzado a formarse cierto esquema de acción.

En momentos como éstos no se piensa. Primero, tratas de recordar, de reunir sucesos que lleven a una conclusión, situar cosas relativamente afines en su propio lugar, a fin de poder examinarlas y estudiarlas con una especie de pasmo desconcertante, saturado de dolor, y hallar un principio y un final. Pero nada tiene sentido para ti, sólo experimentas una locura y un odio que crecen hasta convertirse en un terrible frenesí, que llega incluso a borrar el dolor, y tienes tantas ansias de matar que experimentas la sensación de que tu cerebro arde. Entonces comprendes que ni eso puedes hacer, y el fuego, en un estallido, te devuelve la percepción y ya puedes ver nuevamente.

Me habían depositado en el suelo. Mis pies y mis manos eran como bultos inmóviles ante mi cuerpo. El dorso de las manos y las mangas estaba rojo y pegajoso. Sentí también en mi boca el mismo sabor pegajoso. Algo se movió y aparecieron ante mi vista un par de zapatos; supe entonces que no estaba solo. El suelo delante de mis pies estaba poblado de otros zapatos y mitades inferiores de piernas. Una ligera capa de polvo cubría los lustrosos zapatos, y uno de ellos presentaba un hondo arañazo. Había cuatro pares separados de zapatos, todos ellos apuntando a una misma dirección, y cuando mis ojos la siguieron vi a la mujer en una silla y observé lo que estaban haciendo con ella.

Ahora no llevaba la trinchera, y la blancura de su piel no era ahora inmaculada: la moteaban oscuros estigmas. Estaba medio tendida en una silla, y su boca, horriblemente contraída, dejaba escapar estertores de agonía. Una mano sosteniendo unas tenazas le hizo algo horrible y la mujer

abrió la boca desmesuradamente sin que saliera de ella el menor sonido.

Una voz dijo:

—¡Basta! Eso es suficiente.

—Aún puede hablar —dijo el otro.

—No. Ya no hablará más. He visto otros casos como éste. Fue una estupidez ir tan lejos, pero no hubo más remedio.

—Escucha...

—Soy yo quien da las órdenes. Escucha tú.

Los pies retrocedieron un tanto.

—Está bien. Te escucho. Pero ahora no sabemos más que antes.

—Podemos darnos por satisfechos. Siempre sabemos más que cualquier otra persona. Acudiremos a otros medios, pero por lo menos no correremos el peligro de que ésta se nos chive. Ahora, tiene que desaparecer. ¿Todo está listo?

—¡Vaya! —Una afirmación que rezumaba pesar—. ¿El andaba también?

—Naturalmente. Llévalos a la carretera.

—Es una lástima que tengamos que vestirla...

—¡Cerdo! Haz lo que te he dicho. Y vosotros dos, llevadlos fuera. Hemos perdido mucho tiempo en esta operación.

Forcejeé conmigo mismo para conseguir que mis labios se movieran, pero todas las palabras insultantes que estuve pensando se atascaron en mi garganta. No pude alzar los ojos más arriba de sus rodillas para ver los rostros y me limité a oírlos, a oír todo lo que dijeran y a guardar como un tesoro el sonido de sus voces para que cuando lo oyera de nuevo no tuviese necesidad de mirarles las caras para saber que estaba matando a los auténticos verdugos. ¡Canallas! ¡Malditos hijos de perra!

Unas manos me agarraron por debajo de las rodillas y de los hombros y, por un segundo, creí que vería lo que

quería ver, pero el odio que había en mí se desbordó en oleadas de sangre que anegaron mi cerebro y fueron para mi mente como una cortina negra que la sumió en tinieblas. Pasados unos instantes, tuve un corto y vacilante momento de lucidez y pude ver mi coche a un lado de la carretera, la parte de atrás levantada con un gato y lucecillas rojas delante y detrás del mismo.

Un truco ingenioso. Muy ingenioso. Si alguien pasara, vería un coche averiado cuyo pasajero lo había abandonado momentáneamente para ir en busca de auxilio a un lugar cercano, no sin dejar antes encendidas las señales rojas. Nadie se detendría para investigar. Luego, la lucidez volvió a las tinieblas tan rápidamente como había venido.

Era como el sueño del que se despierta porque se ha dormido en una postura incómoda. Era un despertar forzado, acompañado de un dolor terrible de las articulaciones que le impide a uno enderezarse.

*Y a continuación la percepción inmediata,  
aguda, tajante, de que no es un mal sueño sino  
una viva, tangible, espantosa realidad.*

Ella estaba allí, junto a mí, en el coche; la trinchera abierta revelaba su desnudez. Tenía apoyada la cabeza en la ventanilla y sus ojos sin vida miraban al techo.

De pronto, hizo un movimiento y cayó sobre mí. Pero no por voluntad propia. El coche se había puesto en marcha, silencioso, como si algo lo empujara por detrás. Mediante un esfuerzo sobrehumano me enderecé, miré por encima del volante y vi, en un súbito resplandor, el borde del barranco a unos pasos del coche. Cuando me precipité a la manija de la portezuela para abrirla, las ruedas traspusieron la brecha abierta de antemano en el muro de contención, y el coche, yo y la mujer sin vida nos precipitamos en el vacío.

## CAPÍTULO II

—¡Mike...!  
Volví la cabeza en dirección al sonido. El movimiento trajo consigo un estruendo suave como el del oleaje en una playa. Oí nuevamente mi nombre, esta vez con mayor claridad.

—¡Mike...!

Mis ojos se abrieron. La luz me hirió, pero los mantuve abiertos. Por unos instantes fue como una masa informe, difuminada; luego, el contorno se precisó y aquello que tenía delante se transformó en una figura radiante.

—Hola, gatita —exclamé.

Los labios de Velda se entreabrieron en una sonrisa amorosa, y vislumbré en ella toda la felicidad del mundo.

—Me alegro de que hayas vuelto, Mike.

—Sí... También yo. Lo que me sorprende es... que esté aquí.

—Es una sorpresa que mucha gente comparte contigo.

—Yo...

—No hables. El doctor me recomendó que no te movieras ni hablaras cuando te despertaras. De lo contrario, me expulsaría del cuarto.

Traté de sonreírle, y puso su mano sobre la mía. Una mano suave, cálida, cuya tierna presión me dijo que todo iba bien. La mantuve en la mía un tiempo prolongado... y si la retiró alguna vez jamás lo supe, porque cuando me desperté nuevamente seguía estrechándola.